

Porque, lectores, no es cuento:
¿De qué os servirá el talento,
Si os falta la educación?

MIGUEL A. PRÍNCIPE.

EPÍGRAMAS

Cascando un piñón D. Justo,
Abaro sobresaliente,
Sintió rompersele un diente,
Y se llevó mucho susto.
Y se llevó mucho susto.
Pero pronto se rehizo
Y exclamó muy placentero:
—Este no cuesta dinero;
¡Me temí que era el postizo!

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

Viendo un entierro, el caribe
De un centinela inexperto,
Dijo á lo lejos:—¿Quién vive?
Y contestaron:—Un muerto.

Mostrando un duro un impío
Avaro, que Dios confunda,
Dijo:—¿Es de Isabel segunda?
Y contestó:—¡No! que es mío.

J. M. VILLERGA.

Á MÉRIDA

¡Cómo en tierra postrada
Sin fuerzas yace quebrantada llora,
Y sola y olvidada
En su tristeza ahora,
La que opulenta fué, grande y señora!

¡Como yace abatida
Emérita infeliz, ya su cabeza
En polvo confundida,
Perdida su belleza,
Perdido el esplendor y la grandeza!
La que fué celebrada
En los cantos sin fin de sus guerreros,
Sólo escucha humillada
De buhos agoreros
Los clamorosos ecos lastimeros
¡Ay Dios, que en torno de ella
Los tristes ojos con dolor vagaron,
Y sólo amarga huella
De los siglos hallaron
Que su brillo y beldad en pos llevaron!
Allí el pasado brío
Restos de gloria en soledad revelan,
Que en ademan sombrío
Entre el escombros velan
Sombras livianas, que á su pie revuelan.
Y el arco majestuoso
De Trajano, en los siglos venerado,
Allí, inmoble coloso,
El cuerpo descarnado
Y la atezada faz levanta airado.
Mas ¡ay! que ni las huellas
De los soberbios templos se salvaron,
Ni cenizas de aquellas
Torres que se ostentaron,
Y á la matrona bella coronaron.
Allá bajo la puente,
De otra edad más feliz reliquia anciana,
Camina lentamente
Por la vereda llana
El perezoso y lánguido Guadiana.
¡«*Emérita*!» murmura
En onda gemidora lamentando

Su triste desventura,
Y el polvo recalando,
Y los cimientos lúgubres bañando.
Anciano compañero,
Testigo fué de sus pasadas glorias;
Arrulló lisonjero
Sus triunfos y victorias,
Y ora lamenta el fin de sus historias.
A su orilla callada
Venid vosotros que pulsáis divinos
La cítara sagrada
Y los campos vecinos
Llenad de vuestros campos peregrinos.
De *Emérta* olvidada
Cantad, poetas, con sentido acento
La suerte desdichada,
Y el fúnebre lamento
Hierva las aguas y lastime el viento.

CAROLINA CORONADO.

LOS PUROS.

Cigarro de buen tamaño
Que en la tercena se estanca,
Y al pasar un mes ó un año
Nos da la ceniza blanca.
Y el humo no muy oscuro...
Bien puede llamarse puro.
Pero el otro cigarrillo,
De seco y mezquino talle,
Con ribetes de amarillo,
Que si se enciende en la calle,
Se apaga en una oficina...
No es puro que es tagarnina.

El habano cuyo aroma,

Nunca la fragancia pierde,
Arda en Madrid ó arda en Roma,
Y aunque de capa algo verde,
Tiene el interior maduro...
Bien puede pasar por puro.
Pero aquel que dobla la hoja
Al roce de un leve tacto,
Y en el perfume que arroja
Nos da el olorcillo exacto
Del incienso de cocina...
No es puro, que es tagarnina.

El que cruzando los mares,
Con rumbo apenas incierto,
Después de ingratos azares
Llega incorruptible al puerto
De su despacho futuro...
Bien puede llamarse puro.
Pero el que, al primer escollo,
Do la embarcación tropieza,
Aplástase como un bollo,
Y ofrece de pie á cabeza
Más pliegues que una cortina...
No es puro, que es tagarnina.

El que no es de contrabando,
Y el fallo sobre esto invoca
De quien se lo está fumando,
Si el humo que da en la boca
No es á la nariz perjuro...
Bien puede pasar por puro.
Pero el que entre otros resabios
Que oculta con eficacia,
Cuando llega á nuestros labios
Tiene la maldita gracia
De amargar más que la quina...
No es puro, que es tagarnina.

El que viene de la Habana

Directamente á la corte,
Y al entrar en la aduana
Nos muestra en el pasaporte
Su precio fijo y seguro...
Bien puede llamarse puro.
Pero el otro que no enseña
Más que los dientes acaso
Al que comprarlo se empeña,
Y por un ajuste escaso
Vende su raza canina...
No es puro que es tagarnina.

El que de abrigo algo pobre
Su brillo nunca ha perdido,
Ni en triste cajón metido,
Ni envuelto en un débil sobre,
Tras las almenas de un muro...
Bien puede pasar por puro.
Pero aquel que, haciendo un sayo
De su capa pordiosera,
Se derrite cual la cera
Al esplendoroso rayo
Del primer sol que ilumina...
No es puro, que es tagarnina.

En suma, el que en sus repartos,
Si vale media peseta,
Nunca se da por dos cuartos,
Y cuando más se le aprieta
Suele mostrarse más duro...
Bien puede llamarse puro.
Pero el que brilla con arte
A la luz de sus bravatas,
Y al precio de las patatas
Lo compran en cualquier parte
Isabel, Paco ó Cristina...
No es puro, que es tagarnina.

J. BERNAT BALDOVI.

EL SOL Y LA NOCHE

Encendido en sus propias llamaradas
la sed devora el luminar del día,
y eterno amante de la noche fría,
persigue sus espaldas enlutadas.

Sediento de sus sombras regaladas,
en vano corre la abrasada vía,
que él mismo va poniendo el bien que ansia,
donde nunca penetran sus miradas.

La dicha ausente y el afán consigo,
arde y redobla su imposible instancia,
llevando en sus entrañas su enemigo.

Así corro con bárbara constancia,
y siempre encuentro mi ansiedad conmigo,
y el bien ansiado á la mayor distancia.

ADELARDO LÓPEZ DE AYALA.

TRABAJAR PARA SU DAÑO

La madre de un muchacho campesino
Ganaba de comer hilando lino;
Y el muchacho, grandísimo galopo,
Le hurtaba una porción de cada copo.
Juntando las porciones, fué tejiendo
Un látigo tremendo,
Con la villana idea
De zurrar á los chicos de la aldea.
Los ocios del amigo no eran buenos;
La intención, por lo visto, mucho menos.
Dióse á pelar la rueca tanta prisa,
Que hubo la madre de notar la sisa;
Y registrando desde el piso al techo,
El látigo encontró de hurtillos hecho.
Cogióle furibunda,

Y al hijo dió con él tan recia tunda,
Que á contar de las posas al cogote,
No le dejó lugar libre de azote.
Diciendo al batanarle de alto abajo:
¡Mira cómo te luce tu trabajo!
A robar te llevó tu mal deseo,
Y con el robo yo te vapuleo.
*Siempre verás que el vicio
Se labra por sus manos el suplicio.*

J. E. HARTZENBUSCH.

LA TEMPESTAD

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
Del aire transparente por la región azul?
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
Del zénit suspendiendo su tenebroso tul?
¿Qué instinto las arrastra? ¿qué esencia las mantiene?
¿Con qué secreto impulso por el espacio van?
¿Qué ser velado en ellas, atravesando viene
Sus cóncavas llanuras, que sin lumbrera están?
¡Cuál rápidas se golpean! ¡Cuál ruedan y se ensanchan
Y el firmamento trepan en lóbrego montón,
Y el puro azul alegre del firmamento manchan
Sus misteriosos grupos en torva confusión!
Resbalan lentamente por cima de los montes,
Avanzan en silencio sobre rugiente mar,
Los huecos oscurecen de entrambos horizontes,
El orbe y las tinieblas bajo ellas va á quedar.
La luna huyó al mirarlas; huyeron las estrellas;
Su claridad escasa la inmensidad sorbió:
Ya reinan solamente por los espacios ellas;
Doquier se ven tinieblas, mas firmamento no.
En vano nuestros ojos se afanan por hallarle
Del tenebroso velo que le embozó detrás,
Que cuanto más los ojos se empeñan en buscarle,
Se esconde el firmamento de nuestros ojos más.
¡Las nubes solamente! ¡Las nubes acrecientan
Sobre el dormido mundo! ¡Las nubes por doquier!

A cada instante que huyen, la lobreguez aumentan,
Y se las ve en montones sus límites crecer.
Ya montes gigantescos semejan sus contornos
Al brillo de un relámpago que aumenta la ilusión;
Ya de volcanes ciento inflamados hornos,
Ya de móviles monstruos aligero escuadrón.
Ya imitan apiñadas de espesos pinos
Las desiguales copas y el campo desigual,
Ya informes pelotones de objetos peregrinos
Que mudan de colores, de forma y de local.
¿Qué brazo las impele? ¿Qué espíritu las guía?
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz
Cuando retumba el trueno y cuando va bravia
Rugiendo por su vientre la tempestad veloz?
Acaso en medio de ellas á visitar los mundos
El Hacedor supremo del Universo va,
Y envuelto en sus vapores, sus senos más profundos
Estudia, y sus cimientos, por si caducan ya.
Acaso de su carro tras la viviente rueda
Con impotente saña comunicará Luzbel;
Y porque allí cegarle su resplandor no pueda
Agolpará sus nubes entre su gloria y él.
Y acaso alguna de ellas será la formidable
Que circundó la cumbre del alto Siná,
En tanto que el ardiente misterio impenetrable
Que iluminó al profeta se fermentaba allí.
Acaso será alguna la que vertió en Sodoma
En inflamadas fuentes la cólera de Dios,
Acaso será alguna la que en los mares toma
Las aguas de un diluvio que la acompaña en pos.
¡Señor, yo te conozco! ¡La noche azul serena
Me dice, desde lejos: «Tu Dios se esconde allí.»
Pero la noche oscura, la de nublados llena,
Me dice más pujante: «Tu Dios se acerca á ti.»
Te acercas, sí, conozco las orlas de tu manto
En esa ardiente nube con que ceñido estás;
El resplandor conozco de tu semblante santo
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.
Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores
Detrás de esos nublados que bogan en tropel;
Conozco en esos grupos de lóbregos vapores

Los pálidos semblantes, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
Del repentino trueno en el crujiente son,
Las chispas de tu carro conozco en las centellas,
Tu aliento en el rugido del rápido Aquilón.

¿Quién ante ti parece? ¿Quién es en tu presencia
Más que una arista seca que el viento va á romper?
Tus ojos son el día, tu soplo la existencia,
Tu sombra el firmamento, la eternidad tu sér.

¡Señor! yo te conozco, mi corazón te adora:
Mi espíritu de hinojos ante tus pies está;
Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;
Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor;
Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo,
Y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.

Si su hálito llegara al arpa del poeta,
Si á mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal,
Mi corazón henchido del fuego del profeta
Cantara, y no tuvieran mis cánticos igual.

Mi voz fuera más dulce que el ruido de las hojas
Mecidas por las auras del oloroso abril,
Más gratas que del fénix las últimas congojas,
Y más que los gorjeos del ruiseñor gentil.

Más grave y majestuosa que el eco del torrente
Que cruza del desierto la inmensa soledad,
Más grande y más solemne que sobre el mar hirviente
El ruido con que rueda la ronca tempestad.

¡Mas ay! que sólo puedo mostrarme con mi lira
Delante de esas nubes con que ceñido estás,
Porque mi acento débil en mi garganta espira
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
Aunque mi vista impura tu aparición no ve,
Mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
Te adora en esas nubes mi solitaria fe.

JOSÉ ZORRILLA.

LA VUELTA DEL VOLUNTARIO

Partióse Juan á la guerra
Con pecho firme y sereno,
Y combatió como bueno,
Y herido tornó á su tierra.

Ya cerca de su destino
Decir oyó á un campesino:
—Los sables de los franceses
Han arrancado tus mieses,

¡Pobre Juan!

¿Y están en la villa, están?
—De echarlos España acaba,
A su tierra van marchando...
*Y Juan iba andando... andando...
Y de júbilo lloraba.*

Rayando apenas la aurora
En el pálido horizonte,
En la espesura del monte
Halló Juan á una pastora.

Ella le dijo:—No sigas,
Pues las tropas enemigas,
Al compás de sus cantares,
Han quemado tus hogares,

¡Pobre Juan!

—¿Y están en la villa, están?
—De echarlos España acaba,
A su tierra van marchando ..
*Y Juan iba andando... andando...
Y de júbilo lloraba.*

A la puerta de la villa
Encontró á su hermano ciego,
Y una lágrima de fuego
Le rodó por la mejilla.

—¡Sin ojos tú, hermano mío!

—Por amparar con mi brío
A tus hijos, sin fortuna,
Degollados en la cuna,
¡Pobre Juan!

—¿Y los franceses están?
—De echarlos España acaba;
A su tierra van marchando...
Y *Juan iba andando... andando...*
Y *de júbilo lloraba.*

Cuando vino el nuevo día
Se fué Juan de puerta en puerta,
Y en la que encontraba abierta
Una limosna pedía.

Y los niños y los viejos,
Que escuchaban los consejos
Y las glorias del valiente,
Repetían tristemente:

¡Pobre Juan!
Y él decía:—Ya no están,
De echarlos España acaba,
A su tierra van marchando...—
Y *Juan iba andando... andando...*
Y *de júbilo lloraba.*

Postrado por los dolores
Juan esperaba la muerte,
Y dolidos de su suerte
Así hablaban los pastores:
—¡Qué de vueltas da este mundo!
¡Ayer, bueno!... ¡hoy, moribundo!
—Hoy, la miseria le humilla,
Y era envidiado en la villa;

¡Pobre Juan!
—Mas ya... en la villa... no es... tán.—
Y Juan, que esto murmuraba
En el lecho agonizando,

Se iba acabando... acabando...
Y aun de júbilo lloraba.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EN MONASTERIO DE PIEDRA.

Venga el ateo y fije sus miradas
En las raudas cascadas
Que caen con el estrépito del trueno.
En ese bosque que oscurece el día
De rústica armonía
Y de perfumes y de sombras lleno.

—
En la gruta titánica que arredra
Con sus monstruos de piedra,
Su oculto lago y despeñado río;
Que ante tantas grandezas el ateo
Dirá asombrado:—creo,
Creo, en tu excelsa majestad, ¡Dios mío!

—
Arpa es la Creación, que en la tranquila
Inmensidad oscila
Con ritmo eterno y cántico sonoro,
Y no hay murmullo, ni rumor, ni acento
En tierra, mar y viento,
Que del himno inmortal no forme coro.

—
El insecto entre el césped escondido,
El pájaro en su nido,
El trueno en las entrañas de la nube,
Hasta la flor que en los sepulcros brota,
Todo exhala su nota
Que en acorde són al cielo sube.

—
Nunca del hombre la soberbia ciega,
Que á enloquecerle llega,

Podrá alcanzar, en su insaciable anhelo,
Este poder augusto y soberano.
Que enfrena el Océano
Y hace girar los astros en el cielo.

En vano, golpeándose la frente,
Se agitará impotente
En su orgullo satánico y maldito.
Siempre desesperado Prometeo.
Le acosará el deseo,
¡Ay! que, como el dolor, es infinito.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

EL SAUCE Y EL CIPRÉS.

Cuando á las puertas de la noche umbria,
Dejando el prado y la floresta amena,
La tarde melancólica y serena,
Su misterioso manto recogía.

Un macilento sauce se mecía
Por dar alivio á su constante pena,
Y en voz suave y de suspiros llena
Al són del viento murmurar se oía:
— ¡Triste nací!... mas en el mundo moran
Seres felices, que, el penoso duelo,
Y el llanto oculto, y la tristeza ignoran.
— Dijo, y sus ramas esparció en el suelo.
— «Dichosos, ay, los que en la tierra lloran.»
Contestóle un ciprés, mirando al cielo.

JOSÉ SELGAS.

LOS PADRES Y LOS HIJOS.

Un enjambre de pájaros metidos
En jaula de metal guardó un cabrero,

Y á cuidarlos voló, desde el otero,
La pareja de padres afligidos.
— «Si aquí, dijo el pastor, vienen unidos
Sus hijos á cuidar con tanto esmero,
Ver cómo cuidan á sus padres quiero
Los hijos por amor, y agradecidos.»

Deja entre redes la pareja envuelta;
La puerta abre el pastor del duro alambre,
Cierra á los padres, y á los hijos suelta.
Huyó de los hijuelos el enjambre,
Y como en vano se esperó su vuelta,
Mató á los padres el dolor y el hambre.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

BIENAVENTURADOS

LOS QUE CREEN.

Aunque viva engañado,
poco me importa
que también el engaño,
tiene su gloria.

I.

«Duerme, niño del alma,
no tengas miedo,
por más que el viento silbe
y aullen los perros;
duerme, que al niño
mientras duerme le guardan
los angelitos.»—

Así cantó una noche
mi dulce madre,
procurando dormirme
con sus cantares,
y fuí quedando
poco á poco dormido
con aquel canto.

Hasta que empezó á verse
la luz del día,
dicen que el viento estuvo
silba que silba,
y aun aseguran
que estuvieron los perros
aulla que aulla.

Mas yo pasé en un sueño
toda la noche,
junto á mi cuna oyendo
dulces canciones,
junto á mí viendo
un ángel que velaba
mi dulce sueño.

Y desde aquella noche
durmió tranquilo
bajo el ala del ángel
el pobre niño.
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

II.

«Tal vez encuentres, hijo
de mis entrañas,
más espinas que flores
en tu jornada;
pero, hijo mío,
piensas que están las palmas
tras el martirio!»—

Así me dijo un día
mi dulce madre,
convertidos sus ojos
en dos raudales;
así me dijo
cuando dejé la tierra
por que suspiro.

¡Ay mis montañas verdes!
¡ay mis cantares!
¡ay mi casita blanca!
¡ay mis nogales!
¡ay mis castaños
en donde yo jugaba
con mis hermanos!

¡Hallo tantas espinas
en mi jornada,
que el corazón me duele,
me duele el alma!
¡Si alguien lo duda,
en mi frente está escrito
con una arruga!

Mas si Dios me da penas,
yo las bendigo,
porque crecen las palmas
tras el martirio...
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

III.

«Si el amor, hijo mío,
llama á tu pecho,
no olvides que su origen
está en los cielos,
y ten presente
que la mujer es débil
y el hombre es fuerte.»—

Así me escribió un día
mi dulce madre...
Coronada de gloria
por ello se halle,
que desde entonces
por el amor del ángel
troqué el del hombre.

En el amor contemplo
la pura esencia
de lo santo y lo puro
que hay en la tierra,
y el amor pago
con lo que hay en la tierra
más puro y santo.

La mujer á mis ojos
es débil planta
de eternos huracanes
amenazada;
y así procuro
su generoso apoyo
ser en el mundo.

Esta dulce creencia
me proporciona
mil goces inefables
que el vulgo ignora...
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

IV.

«No llores, hijo mío,
cuando yo espire,
que si mueren los cuerpos,
las almas viven;
y al fin y al cabo
la pérdida es un poco
de polvo vano.»—

Así me escribió un día
mi dulce madre,
de su existencia el término
viendo acercarse...
Mi madre es muerta;
pero yo á todas horas
hablo con ella.

Exhalan cada día
su último aliento
seres por quienes late
mi amante pecho,
mas no me importa,
que les hablo y me escuchan
á todas horas.

Cuando un ramo de flores
pongo en su tumba,
ó su nombre defendiendo
de la impostura,
un tierno voto
de gratitud me envían
llenos de gozo.

¡Santa creencia! Nunca
de mí se aparte,
que á los seres amados
hace inmortales.
¡Santa creencia!
La madre que la infunde
¡bendita sea!

ANTONIO DE TRUEBA.

EN UN ALBUM

¿Cómo estarás, Manuela, más hermosa,
Ostentando un espléndido ropaje,
O mal envuelta en vaporoso encaje
Sembrado de clavel, de lirio y rosa?
¿Parecerá tu frente más graciosa
Del sombrero francés entre el follaje,
O velando tu ojos el celaje
Que forma el tul de la mantilla airosa?
Si te engalanas por consejo mío
Parecerás á todos una estrella,
Aunque jamás de vestimenta mudes.

¿Quieres saber el mágico atavio
Con que has de estar eternamente bella?
—¡Vestida y coronada de virtudes!

ENRIQUE DE CISNEROS.

ORIENTAL

En el harém de Abdalá,
moro que es rey de la Alhambra,
entró el valiente Abenzaide
en demanda de una esclava
que el rey á su amor concede
en premio de heróica hazaña,
que dejó sangrienta huella
en la frontera cristiana.
La esclava, fija en el suelo
la hermosísima mirada,
y Abenzaide de rodillas
de tal manera la habla:

—«Nazarena que el rey moro
guarda en su harém cual tesoro
á sus amores velado;
la sultana en hermosura,
la de gentil apostura,
la del cabello dorado;
yo al rey moro juré un día,
si tu amor me concedía,
llevar su roja bandera
hasta el confín castellano
y entrar, venciendo al cristiano,
en Jerez de la Frontera.

Alcaide soy en Alhama:
el rey su león me llama;
tiembla á mi voz el cristiano;
Cinco-villas y un castillo

sustentan el regio brillo
de mi nombre soberano.
Llevo á la lid mil cenetes
en blancas yeguas jinetes;
mi fama el mundo venera
y una mora no se hallara
que al vencedor desdeñara
de Jerez de la Frontera.

Eunucos, francas estén
las salidas del harém:
el rey me da esta doncella;
gacela, mi esclava, eres:
¡ay de tí si mi amor hieres
y no es amarme tú estrella!
Pronto en mi arém estarás;
¡atrás, esclavas, atrás!
¡Eunucos, sacadla fuera!
¡Ay! si mi fe no es premiada,
¡maldita sea mi entrada
en Jerez de la Frontera!

MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

GLORIA

—Dime, ¿por qué suspiras,
bendita madre,
cuando de regocijo
tiemblan los aires?

Dí: ¿por qué lloras?
¿No oyes que las campanas
tocan á gloria?

—¡Oh! déjame que llore...
Dejad que muera...
¡Al hijo de mi vida,
ya se lo llevan!

¿No veis mi duelo?
¿No oís las campanas
tocan á muerto?

— Tu pobre niño enfermo
triste gemía
ayer en tus brazos,
madre bendita...

¡Y hoy ya no llora...
Hoy por él las campanas
tocan á gloria!

— ¡Ah! si... su alma de ángel
allá me espera...
Pero su cuerpo hermoso
yace en la tierra...
¡No podré verlo!...
¡que por él las campanas
tocan á muerto!

De besos y de flores
colmé su cuna...
¡Hoy de flores y lágrimas
colmo su tumba!
Ya no lo veo...
¡Para él *tocan á gloria!*
¡Para mí *á muerto!*

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN.

LA PLUMA, LA MANO Y LA CABEZA

No recuerdo en qué lugar,
Ni á qué fin, ni en que sazón
Se hallaron en un rincón,
Reunidas al azar,

Una pluma muy usada
Por el tajo ennegrecida,
Una mano desprendida,
Y una cabeza cortada.
Comprarlas quiso un inglés:
A verlas se aproximó,
Y sosprendido quedó
Oyendo hablar á las tres.
En su cartera apuntando
Fué sus frases una á una,
Cartera que, el tiempo andando,
A mí llegó por fortuna,
Sin saber cómo ni cuando.

LA PLUMA

Olvidada duermo aquí;
Pero aunque en el polvo estoy,
No me quita lo que soy
La gloria de lo que fui
Yo la historia enriquecí
Los misterios aclaré,
Las luces multipliqué,
Y de la nada en lo obscuro,
Brotaron á mi conjuro
Amor, entusiasmo y fe.

LA MANO

Mucho te enorgulleciste
Y yo tu poder no acato;
Que sólo de mi mandato
Dócil instrumento fuiste.
Para obedecer naciste
Y de mi marchaste en pos:
¿Quién vale más de las dos?
¿Cuál debe ser más sagrada?
¿La pluma por mi guiada,
O yo movida por Dios?

LA CABEZA

Callad: vuestro orgullo vano
Yo desharé como espuma,
¿Qué fuera sin mí la pluma?
¿Qué sin mí fuera la mano?
Sin el soplo soberano
Del genio que alienta en mí,
¿A qué vinieráis aquí?
¿Disfrutarais, ni aun de lejos,
De mi gloria los reflejos
Ni la ventura que os di?

EL INGLÉS

Dice la cabeza bien,
Y sus razones son graves,
Que plumas tienen las aves,
Y el cerdo manos también.
Pero cabeza en que ardiente
Brille del ingenio el sol,
¿Quién la tiene? ¿Mucha gente?
Los ingleses solamente
Y acaso algún español.

Lector, quién quiera que seas,
De cuantas cabezas veas,
Pocas hallarás vacías;
Pero diez tienen ideas,
Y noventa, tonterías.

MANUEL DEL PALACIO.

LA VENGANZA CATALANA

ACTO PRIMERO

—
ESCENA VII

MIGUEL PALEÓLOGO, GIRCÓN.

MIGUEL.

¿Roger mueve su campo?

GIRCÓN.

Y arrogante

Con su gente hacia el nuestro se encamina.

MIGUEL.

¿Qué quiere eso decir?

GIRCÓN.

¿Qué hay que os espante,

O qué insensato error os alucina?

Harto, señor, acreditado tenemos

Todo el temor que en nuestros pechos labra,

Y harto nuestra vergüenza merecemos:

¡Vergüenza y abyección! ¡Sí, por mi nombre!

MIGUEL.

Mas ¿qué puedo yo hacer?

GIRCÓN.

Una palabra,

Decid: que muera, y morirá ese hombre.